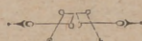




MIS PLAGIOS



I.



x fin, hablemos del Sr. D. Luis Bonafoux y Quintero; pero no crea el agraciado, como se dice de los que dicen ganan un premio de la lotería, que me decido á publicar su nombre por espíritu de caridad; la caridad bien entendida—aunque él opinará hoy por hoy lo contrario—consistiría en no decir palabra de tal sujeto, dejándole en la merecida oscuridad en que vive, á pesar de todas las pajuelas de azufre escandaloso y pestilente que anda encendiendo por los rincones más intransitables de la prensa callejera; pajuelas cuya lumbre apaga el viento frío de la indiferencia pública, como

diría Alonso Martínez, puesto en mi caso. No es caridad sacar á relucir estos nombres de muchachos exaltados, que tienen por enfermedad el prurito literario, y que, creyendo imitar lo que ni siquiera son capaces de comprender, insultan y calumnian, y llaman á esto sátira y crítica; y confundiendo lastimosamente las espe-

cies, censuran al escritor, no por sus literaturas, sino por vicios, pecados y hasta delitos reales ó supuestos, pero siempre estraños á la materia artística. La caridad consistiria en insistir público y critica en no conocer á tales caballeros, en no querer saber quié son, por mucho que vociferen. Así podría lograrse, y se ha logrado muchas veces, que, cansados de su eterno monólogo, dejasen las letras para quien son, y buscasen pábulo á su actividad en cualquier otro género de profesion ú oficio. Respecto del Sr. Bonafoux, no hay caridad en este artículo, preciso es confesarlo; pero acaso la haya con relacion á otros jóvenes y algunos viejos que pudieran tomar ejemplo de lo que aquí van á leer, para evitarse análogas malandanzas.

Tenga entendido, por consiguiente, el escritor filipino ó inca, ó lo que sea (ultramarino lo es), que si se adora la peana, es por el santo; de otro modo: que si se habla de él aquí, no es por él, sino porque conviene escoger uno entre muchos, y presentarlo á sus congéneres para que se miren en ese espejo.

II.

Hace ya algunos años ¡oh Póstumo! escribía yo con Sanchez Perez y otros amigos *El Solfeo*, y en este periódico, ó en alguno de los que le sucedieron con la misma direccion y sin grandes cambios de redactores, comencé á notar que colaboraba uno de estos escritores *gratuitos* que llegan á convertirse en *obligatorios*, verdadera polilla de la prensa madrileña literaria, causa principal de su decadencia y de otros muchos males consiguientes; y noté tambien que el tal colaborador, dicho sea sin vanidad—¡ni qué vanidad cabe en esto!—procuraba imitar mis articulejos, y desde luego conseguia parecérseme en la poca aprension con que yo abordaba algunas materias dificiles, sin más disculpa que el buen deseo y los pocos años; pero pronto advertí en sus ocurrencias cierta rudeza seca, una fraseologia vulgar y de baja estofa, á que yo, á Dios gracias, no he descendido nunca. Y, valga la verdad, no solo en esto, sino en otras muchas cosas de forma y fondo, creía yo distinguirme y aun separarme, hasta quedar á cien leguas, del Sosias importuno que en mi misma casa se me presentaba, de aquel espejo *de rigolade* que me molestaba y acababa por marearme, inspirándome repugnancia invencible. Por mucha modestia que yo tenga, y por mucha más que quiera aparentar, declaro que si hubiese creído que el señor Bonafoux, en cuanto escritor, se me parecía de veras, era como yo, no sólo hubiera arrojado la pluma, sino que me hubiese echado yo mismo al rio, ó por lo ménos en el surco. De resultados de todo esto, nació en mí una suprema antipatia, de la que era objeto aquel literato malicioso y atrevidillo que empezaba á firmar con el seudónimo de *Aramís*, que á él le parece ya tan famoso como el de Molière, ó el de Despraux, ó el de Figaro, ó el de Tirso.

Y en aquel tiempo yo no conocía al Sr. Bonafoux, el cual me escribió una carta muy fina, invitándome à comer con él y con su tío, embajador ó cosa así de una República americana. Las comidas iban à ser dos: una con tío y sobrino, y otra en compañía de muchos personajes, en un gran banquete que fué famoso, aquel en que Cànovas rogó à Castelar que aguase el vino. No recuerdo si contesté à las cartas é invitaciones; supongo que sí; pero lo cierto es que no fui à comer con Bonafoux y Quintero. Y aprovecho la ocasión para declarar al tío, si vive, que el no portarme entonces con la proverbial galantería de los hidalgos castellanos, fué por culpa del sobrino, ó, mejor de la antipatía que me inspiraba aquel escritor *desenfadado y original*, que, dicho sea con perdon, se me ponía, y siguió poniéndoseme, en la boca del estómago.

Pasaron los días, pasaron años, y yo, muy à mi placer, seguía sin conocer personalmente à Bonafoux. Debo añadir que no leía ya hacía mucho tiempo sus artículos. No recuerdo por quién ni cuándo, se me dijo una vez:—Ese es *ese* Bonafoux...—En efecto, exclamé; ese es el Bonafoux que yo tenía aquí (señalando al estómago). Hacía buen tiempo, y el escritor original y maleante llevaba levantado el cuello del gabán como si fuese à cantar epístola, ó como si no pudiera tolerar el frío. ¡Qué original! Nada, lo mismo que Alfonso Karr. ¡Qué rarezas! ¡Qué salidas! ¡Oli! Por algo *le llaman* (¿quién?) el hombre de la puerta de Fornos (¿Por qué?)... Y despues de todo, puede ser un bendito. Pero me apresuro à decir que no lo parece. Como antipático... ¡lo es!

Al llegar aquí, se me podría decir que incurro en el defecto que censuro en Bonafoux y otros como él, puesto que me olvido de sus cualidades de escritor para hablar de su aspecto y de sus originalidades representadas. Pero contesto que en Bonafoux las *literaturas* van unidas inseparablemente à estos arranques geniales del hombre de la solapa enhiesta, y de la puerta de Fornos, y de las acusaciones infundadas é injuriosas que podrian llevarle ante la justicia, si uno tuviera mala intencion y tiempo que perder.

Y vuelvo à mi narracion. Una tarde, en la última primavera, se me presentó en mi rincón de Asturias un joven escritor americano, el Sr. Barreal, que no me dejará mentir, el cual me traía de parte de Bonafoux un libro, que conservo, titulado *Mosquetazos de Aramis*, con una dedicatoria *de manu auctor*, la cual decia: «Al autor de *La Regenta*, en prueba de simpatía, *Aramis*.» Y aquí un paréntesis: es así que, segun el Sr. *Aramis*, *La Regenta* es un plagio, es decir, un robo literario, y sin embargo el autor de *La Regenta* le es simpático... luego el Sr. Bonafoux simpatiza con los ladrones.

Como yo no era, ni soy, ni seré capaz de corresponder à tamañas simpatías, ni leí el libro de *Aramis*, ni di las gracias al autor por el regalo, ni dije al público palabra de semejante producto de las musas.

III.

La consecuencia que el tal Bonafoux (Aramis en el Helicon) saca de todo esto, es que yo soy un plagiario, que le he robado à Zola una bellissima página que tomé de un libro suyo antes de escribirlo él; que *La Regenta* no es más que una mala traduccion de *Madame Bovary*, y Zurita el mismo Bovary en persona; y mi *Pipá* ¡oh colmo de la venganza! una copia del *Periquin*, de Fernánflor. ¿Quién es Periquin? Juro por lo más sagrado que no conozco à ese Periquin, y que lo de plagiar à Fernánflor es una broma llevada al extremo. Pero vamos à cuentas, y pongámonos semiserios.

Todo lo que Bonafoux puede decir de mis obras, erigiéndose en crítico de ellas, me tiene sin cuidado; y en la absoluta sinceridad con que digo esto creerán cuantos me conozcan un poco, y el mismo Aramis acaso; para mi es un axioma que el tal Bonafoux no es de la clase de seres capaces de juzgar ó entender siquiera lo que yo escribo. Por esta parte sus censuras me producen el mismo efecto que me produjeran las de los toros de Guisando si pudieran escribir artículos.

Pero entre la hojarasca de los chistes y ocurrencias con que el buen Aramis aspira à molestarme, encuentro que me llama plagiario, y esto merece contestacion, no por quien lo dice, sino por quien puede leerlo, por casualidad, como yo mismo lo he leído.

Recuerdo haber escrito en alguna parte algo por el estilo: en materia de plagios literarios cabrà sostener si son legitimos ó no; pero el escritor de conciencia hará en este punto lo que ciertos comunistas, que además son personas decentes: predicán tal vez la abolicion de la propiedad, pero no roban.

Soy muy escrupuloso en este particular, y seguro de no haber tomado en la vida un renglon ni una idea à nadie, me molesta que haya quien diga, siquiera sea un Aramis, que he plagiado à tal ó cual autor, aunque este sea Cervantes.

Si el lorito de mi vecina, que me llama «borracho,» sin que yo haga caso de tal calumnia, me llamase plagiario... le llevaria ante los Tribunales. Lo mismo podria hacer con el Sr. Bonafoux, y él no debe de haberse fijado en esto. Prescindo de que me ha calumniado diciendo que he tomado à Zola una página bellissima de su *Pot-bouille* para un cuento de mis *Solos de Clarin*. *Pot-bouille* se publicó en 1882 y *Solos de Clarin* en 1881, es decir, un año antes; de modo que aqui la calumnia es evidente; pero prescindo de ella porque, por deficiencias legales relativas à las garantías de la propiedad intelectual, el plagio de que Bonafoux me acusa no es delito que produzca procedimiento de oficio, y, por consiguiente, su calumnia, moralmente, y juridicamente tambien, tan vituperable como cualquier otra, ante la ley no puede ser perseguida con arreglo à nuestro Código penal. Pero la injuria es evidente, y, à mi

entender, injuria grave, comprendida en el art. 472, caso II del citado Código; y aunque yo viese las cosas algo abultadas y no fuese grave la injuria, nadie me podría negar que sea por lo ménos leve; y el Sr. Bonafoux podía ser muy bonitamente condenado á la pena de arresto mayor en su grado mínimo, y por ser el ataque injurioso público y por escrito, á una multa de 125 á 1.250 pesetas.

Reconozca el Sr. Bonafoux que éstas son habas contadas. ¿No ha de ser injuria, leve por lo ménos, decir á un escritor que vive de sus obras, y éstas de ser originales, que las copia de las ajenas, que hurta á otros escritores páginas, tipos, situaciones, etc., etc.? Si el Sr. Bonafoux pudiera demostrar que yo copiaba mis cuentos y novelas, ¿no aniquilaria la poca fama que haya podido adquirir á fuerza de trabajo y de años de perseverante afán, para ganarme un puesto humilde en nuestras letras, y si no la comida, la cena de mis hijos? ¿Cree Bonafoux que los editores me comprarían mis libros si llegasen á pensar que he dado en la gracia de copiarlos?

¿Y con qué cara el Sr. Bonafoux se atreve á decir, siendo esto tan grave para mí, que he copiado á Zola, sabiendo que era imposible, pues lo que supone copiado se publicó un año antes que el supuesto original?

Que Bonafoux procedió de mala fé, es indudable. Pues si quiere disculparse diciendo que él no se detuvo á mirar en la cubierta de cada libro de qué año era, la disculpa será torpe. ¡Cómo! replicaremos todos; ¿usted aventura en público acusaciones tan graves, sin enterarse antes de que son fundadas? ¿Por qué dice usted que *Clarín* plagia á Zola sin que le conste? Mala fé y ligereza incalificables.

Pero ¿y los demás plagios? dirá Bonafoux, colorado, supongo yo, porque no creo que le falte la sangre oportuna que debe subirse al rostro en casos semejantes.

—Allá vamos, señor mío, allá vamos. Pero bueno es, y malo, malísimo para usted, que el juez ó tribunal que entienda en el asunto, sea el público, sea un tribunal de honor literario, tenga de usted estos antecedentes: que usted acusa de plagios imposibles *astronómicamente*, que usted calumnia á *Clarín* de modo evidente, é insiste, sin embargo, en probar *otros* plagios. ¿No es natural que los que hayan de juzgarnos estén poco propicios á creer las cavilaciones malévolas de usted?

¿Y no tendría yo derecho á despremiar todas sus demás acusaciones de plagio, después de esa evidente calumnia?

Pero ya he dicho que no es por usted, sino por los que pueden haberle leído, por quien yo doy explicaciones.

Y vamos á ellas.

IV

Dice Bonafoux (esto no lo he leído en escrito suyo, sino en un corresponsal de un periódico, que se refiere á ciertas frases de *Aramis*

en *La Regencia*, diario que no he visto en mi vida; es mas, dudo que exista semejante periódico, y me fundo en que, según dicen, está inspirado por D. Pio Gullón, y ya se sabe que la ciencia moderna ha demostrado que D. Pio Gullón es un mito: es el dios del agua... de cerrajas); dice que mi *Pipá* está tomado del *Periquin* de Fernánflor.

Yo no conozco á ese *Periquin*, pero segun me dicen, se trata de un niño pobre que en Nochebuena se vé abandonado, en la calle, entre la nieve, y despues es recogido por unas damas, y entra en un sarao, ò no sé en donde, etc., etc.

La acusacion de que yo imite, plagie ò copie á D. Isidoro Fernandez Flórez será absurda, desde luego, á los ojos de los que estén en ciertas interioridades psicológicas y sepan la opinion que tengo de las facultades literarias y artísticas del Sr. F. Flórez; facultades que no niego, mas que son de índole tan distinta de las que yo para mi quisiera; pero como el público en general no está en autos, estos argumentos recónditos no me sirven.

Yo no he leído á *Periquin*. Esto no puede probarse. ¿Cómo he de probar yo que no lo he leído? Por aquí tampoco hay argumento ni probanza. Y sin embargo, ¡bien sabe Dios que no lo he leído!

Pero es el caso que *Pipá* está tomado del natural; vivió y murió en Oviedo; fué tal como yo le pinto, aparte las necesarias alteraciones á que el arte obliga; el que me lo confunda con uno de tantos muchachos como han figurado en esos cuentos de Navidad en que hay nieve, antítesis de niños ricos y bien comidos, etc., no me ha hecho el honor de enterarse de lo que es mi *Pipá*. ¡Cuántos pilluelos, en las condiciones generales de *Pipá* y de *Periquin*, andarán por esas literaturas romántico-cristianas! ¡Cuántos tipos, modelos de esta clase, no podríamos encontrar sólo en Dickens! Alguno tiene Ouida, uno tiene Dostoiewski en un cuento, que se parece mucho más á ese *Periquin*, por lo visto, que mi *Pipá*; y no creará nadie que el autor de *Crimen y castigo* copió á Fernánflor; ni tampoco dirá nadie que está sacado de *Periquin* *El pájaro en la nieve*, precioso boceto de Armando Palacio (otro mozo incapaz de imitar á Fernánflor, así lo tonsuren). De *Pipá*, sabe todo Oviedo; el *medio ambiente* que le rodea es de Oviedo en parte, y en parte de Guadalajara... Y sobre todo, ¡cáscaras! que yo no he leído el *Periquin* de Fernánflor. Y sobre eso todavía, que yo no soy hombre para copiar, imitar ó plagiar á Fernánflor... ¡Si el alma un cristal tuviera, Sr. Bonafoux!

Y, en fin; ¿quiere usted que haya copiado el *Periquin*? Pues sea, bueno. ¡Despues de todo, la cosa tiene gracia!

Todo lo demás que he copiado en este mundo, segun Bonafoux, está sacado de *Madame Bovary*, que es entre literatos como sería entre teólogos escribir: *Et Verbum caro factum est*, etc., y despues firmar: Ramon Necedal, ó C. el conde de Toreno.

En esto de plagiar la *Madame Bovary*, no voy yo sólo ni mal acompañado; de igual delito acusa Bonafoux al novelista portu-

gués Eca de Queiroz, al cual mira el malicioso mosquetero, ó mosquito literario, por encima del hombro. Eca de Queiróz, que no es tan comunicativo como yo (verdad es que tambien vale infinitamente más) no contesta singularmente á los Bonafoux de su tierra que le hablan de sus plagios. Dirigiéndose á todos, les dice lo siguiente: que sólo puede ver semejantes parecidos (1) *uma obtusidade de cornea ou uma ma fé cynica*. Ya lo oyó Bonafoux, que por lo visto *plagia*, como él diria, á los enéimigos portugueses de Eca de Queiroz; escoja entre *uma ma fé cynica* ó *uma obtusidade cornea*.

Bonafoux debe de haber leído hace muy poco tiempo *Madame Bovary*, y está con tal lectura como niño con zapatos nuevos; y todo lo que ve se le antoja—ó tal finge—copiado de *Madame Bovary*. ¿Conque *El primo Basilio* está sacado de la novela de Flaubert? ¡Claro! Hay una mujer, un marido y un amante... pues cátrate á Eca de Queiroz *otra vez* plagiario.

Por lo que á mi se refiere, como no creo que Aramis tenga una *obtusidad* de cuerno, y más bien creo en sus *agudezas*, sean del material que sean, no puedo ofrecerle semejante disyuntiva.

No quiero entrar en filosofías sobre lo que es plagio y no es plagio; sobre los ilustres ejemplos de imitacion, y algo más que imitacion, que nos dejaron los más famosos escritores; yo soy de los que opinan que cuanto más original se sea, mejor; que cuanto menos se parezca uno á los demás, mejor; que cuantas menos coincidencias haya entre nuestras obras y las ajenas, mejor. ¡A buena parte viene Bonafoux! ¡Soy un puritano! Soy de los que piensan que para la fama de Scarron, por ejemplo, hubiera valido más que su *Virgile travesti* no tuviera delante de sí la *Eneida travestita* de Lalli; y, sobre todo, me parece que su *Roman comique* pierde mucho para los que saben del *Viaje entretenido*, de Agustín de Rojas.

El Sr. Bonafoux debe de saber que plagio recuerda el nombre del castigo á que condenaban los romanos á ciertos criminales: *ad plagas* (el Sr. Bonafoux lo sabrá, pero no por el Diccionario de la Academia, que no lo dice); pues bien; á esos latigazos condenaría yo á cuantos copián ó imitan muy de cerca literatura ajena. Paso porque el que tenga aficion á lo clásico imite á los antiguos, como hacía Racine; pero á los contemporáneos hay que dejarles íntegro lo suyo; y así, en mi concepto, decia bien Scudery: *Ce qui est étudé chez les anciens, est volerie chez les modernes*. No se puede acusar á un literato de cosa más fea que el plagio, no ya solo por motivos de honradez, sino porque es suponerle nulo, incapaz; y Rousseau hacía bien en irritarse ante acusacion semejante, porque, como él decia: *Ce sont de gens pourvus de bien peu du talent par eux mêmes, qui se parent ainsi de ceux d' autrui*.

Yo no transijo de buen grado ni siquiera con los plagios del genio,

(1) Se trataba de *La faute de l' abbé Mouret* y de *O. Crime do Padre Amaro*.

y la teoría del robo con el asesinato, si me parece ingeniosa, me parece poco justa. Shakespeare, con ser quien es, tan original en el fondo, que explica la paradoja de Victor Hugo que decía: «la naturaleza se parece à Shakespeare (1),» hubiera hecho mejor absteniéndose de tomar, de 6.043 versos, 1.771 à poetas que le precedieron; para mí es esto más grave que lo que hizo con los argumentos y hasta con la acción y las situaciones de tantas obras dramáticas anteriores; y eso que, en mi juicio, acaso aumentaría el mérito de gran trágico si se pudiera decir: «Señores, es cosa segura que el autor de *Hamlet* no debe nada à nadie; no ya à sus compatriotas sino tampoco à los extranjeros; y así, es cosa averiguada que es una suspicacia infundada de autores italianos el creer que Macbeth del acaso sus *Brujas* à las *streghe* de tragedia del italiano Gibaldi, de *Orbecche*; y cabe asegurar que es una *obtusidade cornea* el decir que de la *Arrenopia* del mismo Gibaldi, ó de una novela italiana de parecido argumento, pudo Shakespeare sacar el asunto y la intriga de *All's well that ends well*, como también piensan algunos también se equivocan, que pudo tomar la famosa *Portia* de la *jurisconsulta*, ó, mejor, *oradora*, del *Mercader de Venecia* de la citada *Arrenopia*.» Yo, señor Bonafoux, atribuyó el mayor encanto de *Romeo y Julieta* à la *manera* de Shakespeare; pero no cabe negar, que aún sería mayor el mérito si hasta el asunto fuese suyo y no se pudiera decir que probablemente el divino poeta tomó la *materia primera* de Arturo Brooke en su *Historia trágica de Romeo y Julieta*, que à su vez está sacada, como la tragedia *Adriana*, de Luis Groto, de la novela *Julietta* de Luis Porto.

Conocerá usted, de fijo, Sr. Aramis, la famosa *Mandrágora* de Machiavelli, ó Maquiavelo por acá, y de fijo sentirá usted disminuir algo su admiración, como me pasa à mí, pensando que tal vez tomó para ella acción y situaciones de la *Mandragoreggiata* de Alessi... ¿Quién no ha oído hablar de los llamados plagios de Sandou? ¿Y qué duda cabe de que algo ganaría el dramaturgo francés con que, v. gr., el cuarto acto de su famosa obra *Nos intimes*, no estuviera copiado, según dicen, *textualmente*, de una obra desconocida *Le discours de rentrée?*... El muy pio Virgilio, el maestro del Dante ¿no pierde algo de su gloria cuando se sabe que no solo tomó materiales de Ennio, sino también de Nevio, de Lucrecio y de otros poetas? En fin... en fin, dirá Aramis, Sr. Clarin, eso es escaparse por la tangente, y lo que quiere usted con ese discurso à lo don Hermingenes, es que olvidemos à *Madame Bovary* y los plagios de usted.

—Habla usted como un libro, joven Aramis. Vamos al caso. Pe

(1) Aquí tiene Bonafoux otro plagio mío: yo leí à Shakespeare antes que el libro *Shakespeare*, del poeta francés; una tarde, en mi huerta, la aldea, à los veinte años, se me ocurrió pensar una idea análoga à esta y la escribí despues en mis *Solos de Clarin*. Años despues leí la frase de Victor Hugo. ¡Plagio!

conste que soy de los que no admiten el plagio, ni atenuado siquiera. Ahora, lo que es seguro que ha sido coincidencia y no imitacion ni copia, eso claro está que lo absuelvo. Así v. gr., para mí no pierden nada *La Courtisane amoureuse*, de Lafontaine, ni *Manon Lescaut*, Marion Dêlorme y Margarita Gauthier, porque en el teatro indio se haya encontrado un drama antiguo, atribuido al rey Cúdraka, y titulado *Mriquiakatiká*, en el cual hay una *horizontal* de muy buen razon, llamada *Vasantasena*, que, segun dicen, es la primera y acaso la mejor edicion de la pecadora redimida por el amor, etc., etc. Seria absurdo pensar que Alejandro Dumas copió su *Margarita de Vasantasena*. Todavia hay otro parecido más acentuado en el teatro japonés, en una comedia titulada *Ka ni-ya Giyé* (Giyé el papelero, como si dijéramos), en la cual se encuentra un argumento semejante en lo esencial al de *La Dama de las camelias*. O'Haré, una cantarina, es la querida de Giyé, que tiene mujer legitima, pero quiere hacer de su amada O'Haré una *mekaké*, ó su concubina legal. Esto cuesta dinero, porque es cosa cara el librar á la pobre cantante de su baja condicion de *ghesha*, ó meretriz de inferior categoria. El papelero quiere empeñarse para alcanzar su propósito, y entonces interviene su padre, que recurre á la generosidad de la cortesana y consigue que ésta se haga despreciar de su amante, para que Giyé vuelva al buen camino. ¿Qué diria Bonafoux si una invencion mia se pareciese á otra cualquiera, como se parece á esta comedia japonesa la famosa obra de Dumas? Y sin embargo, es absurdo suponer que el dramaturgo francés fué al Japon por su hermosísima figura Margarita Gauthier.

V.

Y ahora vuelvo yo de Yedo, y como mejor proceda en derecho, digo:

Bonafoux asegura que cierta novela mia, titulada *La Regenta*, es plagio de *Madame Bovary*, y para ello se funda en que madame Bovary va una noche á un teatro con su marido y allí se encuentra con su amante, y no pasa en el teatro nada de particular; y en *La Regenta* tambien va la protagonista al teatro, y allí está un señor que la quiere decir que la adora, pero que todavia no se lo ha dicho. Tenemos como prueba de plagio, un teatro: teatro en *Madame Bovary*, teatro en *La Regenta*. Un marido: marido en *Madame Bovary*, marido en *La Regenta*; una esposa (id., id., id.); un amante en *Madame Bovary*, un pretendiente *inconfeso* en *La Regenta*. Ese es el plagio, esa es la mala traduccion de la novela de Flaubert.

Por lo visto, ménos lincees que Bonafoux, no han notado el plagio que él señala los muchos, muchísimos criticos españoles y extranjeros que se han dignado hablar de mi novela, que es tan mala como mia, pero tan mia como mala tambien.

Los periódicos franceses *Nouvelle Revue*, *Revue Britannique*, *Revue du monde latin*, *Le Temps*, etc., etc., que se han dignado hablar, algunos muy por largo, y con elogios absurdos, por lo inmerecidos, de ese plagio mio, no han leído, por las señas, la obra maestra de Flaubert, pues ninguno de ellos ve parecidos, ni plagios mucho ménos.

Dos escritores que en una competencia, para mí muy halagüeña, me han pedido permiso para traducir en francés *La Regenta*, tampoco deben de saber que *Madame Bovary* existe en el mundo. Lo mismo digo de los periódicos norte americanos, italianos, portugueses, suizos etc., etc., que han dado cuenta del argumento de mi pobre novela. Solo Bonafoux ha dicho: es plagio.

¡Cuántas novelas podría yo citarle, anteriores y posteriores á la de Flaubert, en que hay escenas de marido, amante y mujer en el teatro! Quinientas. Ahora mismo me acuerdo (y conste que yo leo pocas novelas), me acuerdo de *Guerra y Paz*, de Tolstoi, en que á cada momento se va al teatro la accion; *Ana Karenine*, del mismo Tolstoi; *Mensonges*, de Paul Bourget; *El Primo Basilio*, de Eca de Queiroz... ¡qué se yo!

En *Madame Bovary* la escena del teatro es un episodio insignificante, de los de ménos relieve; en mi novela es un largo capítulo en que se estudia el alma de *La Regenta* por muchos lados, un capítulo de los principales para la accion interna del libro; además, Flaubert no se propone pintar el teatro de provincia en este episodio de su novela, y yo en el mio sí, y como Dios me da á entender, describo el coliseo de mi pueblo sin acordarme de que hay Flaubert en el mundo, y recordando solo mil pormenores y accidentes históricos almacenados en mi memoria, enamorada de los años de la infancia y de la primera juventud.

Otro sí: contestando yo á una carta cariñosa del gran poeta Zorrilla, le decía que iba á señalar mi gran admiracion á su *D. Juan Tenorio* en un largo capítulo de mi primera novela, y, en efecto, así fuè. Pero hay más. La idea de pintar el efecto que produce en un alma de cierto temple poético el *D. Juan*, de Zorrilla, visto por primera vez en la plena juventud, no es original de Clarin, Sr. Bonafoux; pero no la tomé de Flaubert. En *Madame Bovary* la representacion de *Lucia* poco ó nada importa al autor ni á la protagonista, y apenas se habla de ella. Algo más parecido á lo que sucede en *La Regenta* se puede ver en *Miss Broun*, de la ilustre violeta Paget (Vernon Lee). Pero la novela inglesa se publicó dos años despues que *La Regenta*. No obstante, segun el sistema de los plagios proféticos de Bonafoux, puedo yo haber plagiado á Vernon Lee: la tomé de la realidad. La digna y joven esposa de un pintor notable vió por primera vez el *D. Juan* casada ya, y un amigo mio, Félix Aramburu, poeta y notable escritor de Derecho penal, fuè quien observó la admiracion interesante, simpática y significativa que aquella dama experimentó, y que queria comunicar á

otros espectadores; incapaces de gustar toda la fresca y brillante hermosura del drama de Zorrilla, que sabian de memoria; à mi amigo Aramburu debo el *original* de este *apunte*, y à mí propio la ocurrencia, feliz ó infeliz, de aprovecharlo.

Cuando escribí este capítulo del teatro no pensaba en madama Bovary ni con cien leguas; diez ó doce años hacia que la habia leído. Pero aunque me hubiera acordado de ella, sin el menor escrúpulo hubiera escrito todo lo escrito; pues, en efecto, no hay parecido ni remoto en lo que llama Bonafoux plagio. Ni por el propósito, ni por el asunto, ni por la forma, ni por la importancia en la economía de la obra, hay analogia de ninguna clase. Léanse ambos episodios, y se podrá ver más claro lo que digo. Siempre me encontrará Bonafoux copiando... lo que veo, pero no lo que leo.

Segun Aramis, tambien he copiado à madama Bovary en mi cuento *Zurita*. Tambien Zurita y compañía se está traduciendo en francés, de modo que asi volverà à la nacion de su origen, según *Aramis*. Aquiles Zurita, según él, es Carlos Bovary. ¿Saben ustedes por qué son idénticos?—Por lo siguiente: Aquiles Zurita, alumno del doctorado de Filosofía y letras en Madrid, se presenta en una cátedra de Historia de la Filosofía, y el profesor le pregunta cómo se llama. El nombre de Aquiles hace reír y alborotar à los estudiantes, que celebran los chistes del catedrático à costa de Zurita, y se permiten disparar contra su humil le condiscípulo bolitas de papel. Carlos Bovary, que por lo demás no se parece en nada à Zurita (y esto no lo negará Bonafoux, como no sea loco de remate); Carlos Bovary entra en un aula de latin en no recuerdo que poblachon normaldo; el dómine le pregunta su nombre, y el pollancon palurdo, descompuesto, lleno de vergüenza, balbucea, de mala manera, sin que se le entienlan, las sílabas de su nombre y apellido; el profesor castiga à toda la clase porque ríe y alborota, y al recién venido le castiga tambien por su falta de desparpajo. Y ¡oh colmo del plagio! tambien los condiscípulos del Bovary saben que uno de los modos de divertirse à costa del prójimo en clase es disparar bolitas de papel; pero estos, además, aúllan, ladran, patalean. Otrosí: las bolitas de papel que los condiscípulos de Bovary arrojan con la punta de la pluma están mojadas, porque el autor dice: «de temps à autre, quelque boulette de papier lancés d' un bec de plume, qui vint s' eclabousser sur sa figure. Mais il s' essayait avec le main, et demeurait immobile, les yeux baissés...»

Y ahora se me ocurre una cosa. Las bromas, pesadas ó no dardas. Voy à copiar *todo el plagio*; el téxto francés de *Madame Bovary* y el téxto del robo; el lector verá hasta qué punto soy yo ladrón, aunque no nocturno ni en despoblado, porque la verdad que robarle à Flaubert las primeras páginas de su obra maestra, es como robarle al Papa la mula cuando celebra de pontifical y ben-

dice al mundo. Apenas se enteraria nadie. Indudablemente, si el Sr. Bonafoux no fuera tan erudito, ¿quién hubiera dado con mi plagio?

Y dice Flaubert:

MADAME BOVARY

Nous étions à l'étude, quand le proviseur entra, suivi d'un nouveau habillé en bourgeois et d'un garçon de classe qui portait un grand pupitre. Ceux qui dormaient se réveillèrent, et chacun se leva comme surpris dans son travail.

Le proviseur nous fit signe de nous rasseoir, puis, se tournant vers le maître d'étude:

— Monsieur Roger, lui dit-il à demi-voix: voici un élève que je vous recommande, il entre en cinquième. Si son travail et sa conduite sont méritoires, il passera dans les grands, où l'appelle son âge.

Resté dans l'angle derrière la porte, si bien qu'on l'apercevait à peine, le nouveau était un gars de la campagne, d'une quinzaine d'années environ, et plus haut de taille qu'aucun de nous tous. Il avait les cheveux coupés droit sur le front, comme un chantre de village, l'air raisonnable et fort embarrassé. Quoiqu'il ne fût pas large des épaules, son habit-veste de drap vert à boutons noirs devait le gêner aux entournures, et laissait voir, par la fente des parements, des poignets rouges habitués à être nus. Ses jambes, en bas bleus, sortaient d'un pantalon jaunâtre très-tiré par les bretelles. Il était chaussé de souliers forts, mal cirés, garnis de clous.

On commença la recitation des leçons. Il les écouta de toutes ses oreilles, attentif comme au sermon, n'osant même croiser les cuisses ni s'appuyer sur le coude; et, à deux heures, quand la cloche sonna, le maître d'études fut obligé de l'avertir, pour qu'il se mit avec nous dans les rangs.

Nous avions l'habitude, en entrant en classe, de jeter nos casquettes par terre à fin d'avoir ensuite nos mains plus libres; il fallait dès le seuil de la porte, les lancer sous le banc, de façon à frapper contre la muraille en faisant beaucoup de poussière; c'était-là le genre. Mais soit qu'il n'eût pas remarqué cette manœuvre, ou qu'il n'eût osé s'y soumettre, la prière était finie que le nouveau tenait encore sa casquette sus ses deux genoux.

C'était une de ces coiffures d'ordre composite, où l'on retrouve les éléments du bonnet à poil, du chapska, du chapeau rond, de la casquette de loutre et du bonnet de coton, une de ces pauvres choses, en fin, dont la laideur muette a des profondeurs d'expression comme le visage d'un imbécile. Ovoïde et renflée de baleines elle commençait par trois boudins circulaires, puis s'alternaient, séparés par une bande rouge, des losanges de velours et de poils de lapin; venait ensuite une façon de sac qui se terminait par un polygone cartonné, couvert d'un broderie en soutache compliquée, et d'où pendait, au bout d'un long cordon trop mince, un petit croisillon de fils d'or, en manière de gland. Elle était neuve; la visière brillait.

— Levez-vous, dit le professeur.

Il se leva; sa casquette tomba. Toute la classe se mit à rire.

Il se baissa pour la reprendre. Un voisin la fit tomber d'un coup de coude, il la ramassa encore une fois.

— Debarrassez-vous donc de votre casque, dit le professeur, qui était un homme d'esprit.

Il y eut un rire éclatant des écoliers qui dicontenança le pauvre garçon, si bien qu'il ne savait s'il fallait garder sa casquette à la main, la laisser par terre ou la maitre sur sa tête. Il se rassit et la posa sur ses genoux.

—Levez-vous, reprit le professeur, et dites-moi votre nom.

Le nouveau articula, d'une voix bredouillante, un nom inintelligible.

—Répétez!

Le même bredouillement de syllabes se fit entendre couvert par les huées de la classe.

—Plus haut, cria le maitre, plus haut!

Le nouveau prenant alors une résolution extrême, ouvrit une bouche démesurée et lança à pleins poumons, comme pour appeler quelqu'un, ce mot: Charbovari!

Ce fût un vacarme qui s'élança d'un bond, monta en crescendo, avec des éclats de voix aigus (on hurlait, on aboyait, on trépignait, on répétait: Charbovari, Charbovari!), puis qui roula en notes isolées, se calmant à grand'peine et parfois qui reprenait tout à coup sur la ligne d'un banc où saillissait encore ça et là, comme un pétard mal éteint, quelque rire étouffé.

Cependant, sous la pluie des pensums, l'ordre peu à peu se retablit dans la classe, et le professeur, parvenu à saisir le nom de Charles Bovary, se l'étant fait dicter, épeler et relire, commanda tout de suite au pauvre diable d'aller s'asseoir sur le banc de paresse, au pied de la chaire. Il se mit en mouvement, mais, avant de partir, hésita.

—Que cherchez-vous? demanda le professeur.

—Ma cas..., fit timidement le nouveau, promenant au tour de lui des regards inquiets.

—Cinq cents vers à toute la classe! exclamait d'une voix furieuse, arrêta, comme le *Quos ego*, une bourrasque nouvelle. Restez donc tranquilles! continuait le professeur indigné, et s'essuyant le front avec son mouchoir qu'il venait de prendre dans sa toque. Quant à vous, le nouveau, vous me copiez vingt fois le verbe *ridiculus sum*. Puis, d'une voix plus douce:

—Eh! vous la retrouverez votre casquette; on ne vous l'a pas volée.

Tout reprit son calme. Les têtes se courbèrent sur les cartons, et le nouveau resta pendant deux heures dans une tenue exemplaire, quoiqu'il y eût bien, de temps à autre quelque boulette de papier lancée d'un bec de plume qui vint s'éclabousser sur sa figure. Mais il s'essuyait avec la main, et demeurait immobile, les yeux baissés.

Hasta aquí M. Flaubert. Ahora allá va *Clarín* con el robo entre las manos.—Y digo yo (*Pipá—Zurita*.—I, pág. 366):

—¿Cómo se llama usted? preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol, respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir a usted.

—Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño lloron.

Zurita tardaba en contestar.

—¿No sabe usted cómo se llama? gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquiles ha dicho usted?

—Sí... señor; respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es usted el hijo de Peleo? preguntó muy serio el Profesor.

—No, señor, contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa:

—Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en Artes, había cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y á cada asignatura había ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también, y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria, y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero, que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado; su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas; y con esto, y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles, era una especie de *resol ideal* esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar

los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita; deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fé, de la razón, de la poesía de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fé de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No habia acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo habia perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él, no; lo sentía muchísimo; le complacia vivamente agrandar al mundo entero: mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la Ética, capítulo III, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del cap. III de la segunda parte de la Ética, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó la ocasión de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

—A ver, el Sr. D. Aquiles Zurita. Hágame usted el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio: ¿Qué entiende usted por conocimiento?

Aquiles se incorporó, y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (Risas.)

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado Metafísica en Valencia...

—Bueno, pues... diga usted: ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada; el profesor tomó una cómica seriedad, que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia.

Mientras el profesor pasaba á otro alumno para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habian soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, habia saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no habia cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque te-

nía la voz debil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!»

Ahí tienen ustedes el robo. Fácil es ver que Zurita se parece á Carlos Bovary como una gota á otra gota, ó como un huevo á una castaña. Vayan comparando circunstancias con circunstancias, situación con situación, propósito con propósito, y... resultará que el único parecido está en las bolas de papel.

Pero, venga acá el Sr. Bonafoux: ¿no ha visto él pasajes análogos al de Zurita y al de madame Bovary en obras anteriores á una y á otra? Esto de reirse los estudiantes de un novato ¿no es cosa antigua en las letras y en la realidad? Zurita no es novato en rigor, pues en nuestras Universidades á ningun estudiante de un doctorado se le considera como tal, venga de donde venga; y si se rien de Zurita es por el contraste de su nombre heroico con su figura, y por las gracias, histórica alguna, del catedrático.

Pero de todos modos, si Flaubert me inspiró á mi (que no hay tal cosa), ¿no pudo inspirarle á él, ó á los dos, Quevedo, v. gr., en el cap. V. de *El gran Tacaño*: «De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo?»

Cierto que los estudiantes de la Complutense no arrojaban sobre la persona del mísero Pablo bolitas de papel, pero sí algo blanco y que tambien se pegaba al cuerpo como la bolas de Bovary, y que había que limpiar ó enjugar tambien.

¿Dirá por esto nadie que Flaubert tomó su escena de Quevedo? No, es claro; pues yo tampoco. Ni de Quevedo ni de Flaubert.

Tomélo todo de lo que vi y de lo que añadí imaginando y componiendo. Mi *Aquiles Zurita* es un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mi, y no puedo nombrarle por mil razones; esto poco puedo decirlo porque supongo que él no leerá papeles míos de *vaga y amena* literatura; pero dar mas señas es ilícito. El profesor de mi cuento existió tambien, y el chiste, ó lo que sea, de «lo que es conocimiento en Valencia,» es rigurosamente histórico. Por lo demás, mi *Zurita* tiene por objeto pintar dos clases de filósofos de escalera abajo, dos *ebionitas* de la filosofía krausista-española, por decirlo así. ¡Bien pensaba yo en Carlos Bovary al retratar mi catedrático de Psicología, Lógica y Ética! Dados el carácter y la vida y obras de Zurita, el comenzar su historia presentándole en cátedra, era lógico; la perspectiva ideal lo aconsejaba; Carlos Bovary podia haberse aparecido al lector, lo mismo que en una clase de latin ó lo que fuera, en cualquier otro escenario; en adelante, nada tendrá que ver con la enseñanza, ni con la ciencia, ni con nada de eso. Carlos Bovary, *per se*, no se parece absolutamente en nada en toda la novela á Zurita; *per accidens*, se parece lo poquísimo que se parezca, si eso es parecerse, en lo que ustedes han visto.

Y ahora, Sr. Bonafoux: ¿que se le figurará á usted que pienso

yo de un hombre que me acusa de plagio, y me cita escenas, situaciones y personajes que yo he tomado de la realidad, y me los hace sacar de escenas, situaciones y personajes que, nada unos, y casi nada otros, se parecen à los míos? ¿Y qué pensaré de quien me acusa de haber copiado páginas de un libro que se publicó un año después que aquel en que yo copio?

(CONTINUARÁ)

LEOPOLDO ALAS

(CLARIN).





LA OBRA DEL EMPERADOR Guillermo I.



I.

«El gran emperador, que fundó la unidad alemana, ha muerto;» estas sencillas palabras con que Bismark anunció al Reichstag la catástrofe, son el resumen de cuanto pueda decirse y pensarse sobre el asunto; son la explicación de ese dolor verdadero, que ha invadido á cincuenta millones de hombres de todas las creencias, de todas las opiniones políticas, al pasar á mejor vida un anciano de noventa y un años, un protestante de convicciones arraigadas, un príncipe, que al ceñir su corona manifestó que solo la debía á la gracia de Dios.

Y no solo cincuenta millones de alemanes se conmovieron ante ese lecho de muerte, que era un lecho de campaña; pocas personas en el mundo civilizado habrán dejado de descubrirse con respeto ante el rígido cadáver tapado con el capote gris de las grandes batallas: todos, al abandonar con el pensamiento el régio panteon, en que quedaba el hijo victorioso á los pies de la madre atribulada y humillada, todos los que leen y escuchan habrán repetido con los sérios estudiantes alemanes «Vale, senex imperator.» No es el emperador Guillermo la figura más grande del siglo XIX; pero su obra, al menos la obra que por él se hizo posible, es la gran obra europea de esta centuria; de ella puede decirse lo que sin razon decía Napoleon 3.º de la suya «el imperio es la paz.» Y por ser la más sólida base de la paz europea el genuino imperio alemán, ese imperio nuevo en la historia del viejo continente, es por lo que el hombre que lo representó en vida, mereció al morir un tributo de cariñosas admiracion que sin exageracion ninguna puede llamarse universal.

El imperio alemán es la paz europea; ó al menos la paz posible. Ese imperio, cuyo germen hay que buscar en unas sencillas reformas militares, que nacieron en el cerebro de un militar oscuro; que fué pasando por fases de evolucion cuya forma esterna fué siempre la guerra, en 1813 para destronar al

invasor universal, en 1864 y 1866 para destruir el predominio de una potencia mas eslava que alemana, en 1870 para afirmar el derecho de la nacion germana por esclencia; que hoy en todo su esplendor se rodea del más formidable ejército que ha alumbrado al sol; ese imperio, en que hasta los cancleres se cubren con el casco y ciñen espada, es la única esperanza de que la guerra, como las grandes pestes que afigieron á la humanidad, no sea un azote fatal, ineludible; sino, que como aquellas alojaron sus vigores cuando la ciencia supo combatirlos, tambien la guerra puede aljorar los suyos cuando los pueblos se constituyen en armonía con algun principio, que rige nuestra naturaleza racional, y en virtud del cual se hacen compatibles los instintos de egoismo con las ideas de amor al prójimo.

No sabemos, y acaso hoy nadie lo sepa, si la unidad alemana es una obra definitiva; no sabemos si esa obra, que en conjunto parece responder admirablemente á las aspiraciones pacíficas de la democracia universal, será bastante elástica para plegarse á otras exigencias de esa misma democracia; ó si por el contrario se romperá al querer satisfacer esas necesidades que parecen imponerse en todas partes y en los países sajones más que en ninguna otra. Pero si la obra resiste á esta prueba, próxima ó remota, creemos que ningun peligro la amenaza; pues no pueden serlo para la unidad alemana esas mezquinas complicaciones diplomáticas, que son uno de tantos fantasmas que la ahuyentado el buen sentido de la democracia; ojalá al concluir con esos ficticios problemas, basados en la preponderancia del interés de unos pocos, no hubiera hecho nacer otros mas graves, que arraigan el interés de todos, y cuya solución apenas se vislumbra!

II.

El imperio aleman, cuyo primer titular fué Guillermo de Prusia, es una institucion nueva en la historia; para nosotros no tiene precedente inmediato ni en aquel sacro imperio romano, que ya carcomido y vacilante derribó facilmente Napoleon á principios del siglo; ni tampoco en aquella confederacion del Rin afrancesada, con que el gran capitán quiso sustituir la importante máquina feudal que habia hecho pedazos.

Cuando en 1813 Federico Guillermo 3.º vacilaba en poner su débil espada á disposicion del Czar de Rusia para arrojar á los franceses más allá del Rin, estuvo á punto de desistir por completo de la gloriosa empresa, que exigía de él muchos sacrificios. Era uno, y no el menor, sancionar los movimientos populares, que por instigacion del gran Stein se habian iniciado en Königsberg; aprobar la desobediencia del general York; en una palabra ceder en lo esencial á aquellos principios revolucionarios, contra los cuales se habian levantado en armas hacia veinte años todos los reyes absolutos de Europa. Era otro sacrificio acceder á los deseos de Alejandro, el cual al ofrecer á Prusia la compensacion de todas las disminuciones de territorio, que la tiranía de Napoleon habia impuesto, queria reservar las provincias polacas, que antes pertenecian á Prusia, á cambio de dar á ésta el equivalente á costa de los pequeños y medianos estados alemanes; y el rey de Prusia repugnaba por una parte ceder

dominios que consideraba propiedad sagrada é inenagenable, repugnaba despojar á soberanos legítimos, tan legítimos como él; y dolíale por encima de todo imitar la vituperable conducta de Napoleón, que jugaba con la suerte de las provincias y naciones con tal de contentar ambiciones de reyes y diplomáticos. Nobles escrúpulos estos últimos en todo caso, y muy respetables los primeros si atendemos á las ideas, que de buena fé debía profesar un rey de derecho divino; y más un rey de la casa de Hohenzollern, en la que la idolatría á las regías prerogativas jamás oscureció la idea de los grandes y penosos deberes que ellas imponían.

Y sin embargo en esas circunstancias, que para el atribulado monarca eran fuente de nuevas indecisiones, sombra en la alegre perspectiva de la independencia conquistada, puede verse la causa determinante de esa grandeza que alcanzó su hijo favorito, y con él aquella oprimida monarquía prusiana, que en aquellos años parecía predestinada á desaparecer del mapa de Europa.

Pues por una parte desembarazada Prusia de todo elemento eslavo, quedó constituida en la primera potencia genuinamente alemana; mientras que Austria, preocupada con sus intereses italianos, húngaros, cheques y eslavos, no podía representar el patriotismo germano en toda su pureza. Por otro lado, Austria, que había en 1809, hecho un desgraciado é incompleto ensayo de la guerra de independencia popular, retrájose mas de la cuenta en 1813; y al propio tiempo que desobligaba á toda Alemania tanto como Prusia la obligaba, tornaba en aborrecimiento aquel levantamiento en masa de la nación, imitado de la heroica España; el cual levantamiento, encauzado por la fortísima organización administrativa de Prusia, fué la base del servicio universal obligatorio, que á la vez que daba al absolutismo prusiano un tinte menos repulsivo que al austriaco, ponía en manos de los Hohenzollern la poderosa espada imperial, cuyo temple probaron los sucesores del sacro imperio en Sadowa y los de Napoleón en Sedan.

Y ya antes de estos memorables sucesos las semillas habían dado sus frutos: ya en 1848 los representantes del pueblo alemán habían ido desde la iglesia de San Pablo de Francfort á Berlin, para ofrecer la corona imperial á Federico Guillermo IV, rey de Prusia. Pero este soberano, ofendido en sus convicciones por una revolución turbulenta, que había hecho espatriarse á su heredero (el mismo Guillermo que hoy lloran los alemanes, entonces amenazado de muerte), conecedor del disgusto de los otros soberanos alemanes, no quiso afianzar en sus sienes una corona, que en el orden del derecho no le parecía bastante legítima, y en el orden de los hechos no encontraba bastante segura. El pueblo alemán se había adelantado á sus gobernantes; su instinto le había demostrado el verdadero camino, que á reyes y diplomáticos tapaban mezquinos intereses particulares; tal vez fuese indispensable amasar con sangre los cimientos de la obra; pero ello es que cuando en Versalles los príncipes alemanes rindieron pleito homenaje al más poderoso entre ellos, al que tenía más vasallos, más soldados, mejores generales, mejores consejeros, sino fueron tan nobles, tan generosos como los diputados de Francfort, al menos contaron de grado ó por fuerza los votos de sus pueblos.

Y por eso hemos dicho que el imperio alemán, vinculado en los reyes prusianos, es una institución nueva; que en abono de su duración tiene el ser el

primer imperio genuinamente alemán; que en abono de su representación pacífica tiene su verdadero origen, esencialmente popular y democrático.

Si para algunos de nuestros lectores tiene novedad este punto de vista, reflexionen acerca de los antecedentes expuestos, y confiamos en que no lo tacharán de paradójico

III.

¿Y Bulgaria? y Alsacia y Lorena? preguntarán, con razón nuestros lectores. En un libro muy discreto del eminente profesor inglés Valfour Stewart leíamos hace años, que así como no es imposible en los acontecimientos del mundo inorgánico, en los del orgánico, y aun en los sociológicos predecir las grandes síntesis, así lo es querer profetizar los detalles de esos acontecimientos. Nosotros aseguramos con toda convicción que la institución del imperio alemán ha contribuido más que suceso alguno, mas que todas las teorías e ideas modernas á consolidar la paz europea; pero nos guardaremos muy bien de predecir que ese gran impulso belicoso, que ha sido preciso imprimir á las grandes potencias para alcanzar tal resultado, haya quedado agotado; es posible que las guerras de 1870 en Occidente y de 1876 en Oriente no hayan sido a última oscilacion de ese péndulo fatídico. Pero si hay guerra en Oriente, lo que no creemos próximo, no ha de ser una guerra de esterminio; más bien tomará el caracter arcaico, y por lo tanto poco peligroso de las guerras políticas anteriores á nuestro siglo; podrá el aparato ser mayor; las masas de guerreros décuples, las batallas más ruidosas; pero ni Rusia puede ser invadida y acogotada como lo fué Francia en 1870, ni ella puede soñar en invadir la Alemania ó el Austria; y admitido esto como seguro, la guerra pierde ese caracter trágico, que reposa en la destruccion literal de una de las partes contendientes.

En Occidente, ha dicho Castelar, el gran orador seglar, ha repetido Monseñor Freppel, el orador religioso, y ha cantado Coppée, el poeta francés, no estará la paz asegurada hasta que los alemanes devuelvan, con generoso arranque, las conquistas de 1871. Con permiso de tan altas autoridades no creemos necesario ese paso para asegurar la paz europea; pero ante todo diremos, que aunque es uso y costumbre presentar en la misma linea la Alsacia y la Lorena, á nuestro juicio los sucesos no han de justificar esta identificacion. Nosotros vemos en Alsacia un trozo de territorio solicitado por tradiciones mixtas; en la aldea, donde el pasado perdura, descubrimos un gran fondo germánico; en las ciudades predomina la tendencia francesa, y acaso más que como simpatía étnica, como armonía política. Por el contrario la Lorena es una tierra francesa; Metz detuvo el curso triunfante de aquel emperador alemán que era al mismo tiempo un rey español. No sé porqué se nos figura que esta opinion nuestra se comparte más ó ménos en las altas regiones del gobierno alemán; en Metz se hacen fortificaciones formidables, en su plaza principal se vá á levantar la estatua del soberano conquistador; en Strasburgo se erige la universidad más espléndida de Alemania, y allí se fija la residencia del Statthalter, del representante del soberano que administra y protege á los súbditos natos

del imperio. ¿Quién sabe si en esta distinción entre el pasado y el porvenir de las dos provincias estará la solución pacífica del porvenir!

Pero hay más; nosotros apreciamos como más importante el deseo de los Alsacianos de vivir en el régimen democrático en que nacieron, que el deseo de revancha del resto de la Francia. Si un día las instituciones alemanas se despojan de cierto carácter feudal, que aun conservan; si la paz asegurada desarma al alarmado imperio naciente; ¿quién asegura que el alsaciano no encuentre en lo íntimo de su sangre más razones para permanecer alemanes que para tornarse francés?

Y aunque así no sea; aunque mañana el pueblo francés conmemore el centenario de Napoleon poniendo á su cabeza á Boulanger, ó al rey Felipe, ó á cualquier Bonaparte; y Alemania esté regida por un príncipe joven, impetuoso, ávido de consagrar su dignidad con el óleo de la gloria militar; aunque la paz se rompa, y la Europa atónita presencie una lucha sin precedente en sus detalles, acaso insignificante en sus resultados; aunque esto suceda, no obsta para que la obra de Guillermo I haya sido la obra pacificadora por ciencia del siglo XIX, la gran obra democrática. Si la Europa del siglo XX se ha de distinguir de la del siglo que acaba, el rasgo principal ha de ser la existencia de esa gran nación alemana, con cincuenta millones de ciudadanos ilustrados sobre los que nadie, cualquiera que sea su prestigio, puede ejercer una autoridad arbitraria.

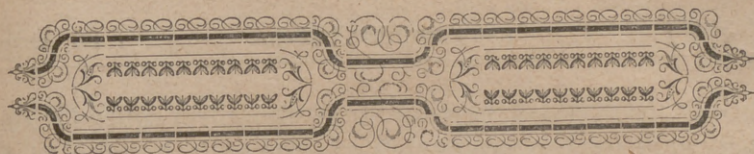
IV.

Esta es la obra; muchos han contribuido á ella. Si de sus tumbas levantarán las cabezas desde el gran Elector hasta Guillermo I, desde Scharnhorst hasta von dít Rom. Stein y Hardenbergi todos agrupados en torno de Bismark y de Moltke mirarian extasiados el colmo de sus ardientes votos, la recompensa de sus hercúleos trabajos. Todos ellos han demostrado esas grandes cualidades que en vano apetece para nuestros hombres de estado, para nuestros guerreros, para nuestros soberanos; esas cualidades, cuyo peso en la balanza del destino de las naciones es tan decisivo, que hoy, despues de ochenta años de pleno parlamentarismo latino, hace que muchos hombres de buena fé se pregunten, si el progreso político va por el camino que nosotros seguimos, ó si estiendo en horizontes apenas entrevistos por ese otro en que aparentemente perseveran las razas del Norte.

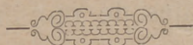
Entre esas cualidades la eminente es la honradez política, el sentimiento del deber; los tradicionalistas latinos la creen resultado de un régimen político simpático para ellos; pero si eso fuese cierto las naciones latinas no hubieran tenido que destronar ó poner en tutela sus dinastías; no, la razón debe estar en otra causa, y como esa no sería alhagüña para nuestro amor pátrio, haremos aquí punto final.

FLÜGELN





Las pequeñas Causas.



La discusion que recientemente tuvo lugar entre el sabio director del Observatorio astronómico señor Merino, y el astrónomo de afición Noherlesoom, escitó poderosamente la atencion pública; creemos que nuestros lectores verán con gusto el siguiente artículo; tomado del Memorial de Ingenieros del ejército. Su ilustrado autor, el capitán Rubió coincide, como no podía menos, con las opiniones unánimes de las personas competentes; pocos dias hace el *Figaro* publicó una interesante conversacion (interview, como ahora se dice) de uno de sus redactores con el ilustre astrónomo y meteorologista Camilo Flanmarion, que habiamos pensado traducir para la REVISTA pero como muchos periódicos españoles se han adelantado, hemos dado la preferencia al artículo de nuestro compañero, cuyas conclusiones son análogas á las del primero.

En una novela del célebre Julio Verne, tituladada *El rayo verde*, para poner un personaje á otro en ridículo

aprieto, le invita á escribir una memoria sobre *la influencia de los instrumentos de viento en la formación de las tempestades*. La materia es escabrosa y la solución difícil pero no puede negarse que en la mayoría de las ciencias, y principalmente en la meteorología, á que se refiere este singular tema, las causas insignificantes tienen una importancia capital.

Un sin número de problemas mecánicos que fueron perfectamente resueltos en la mente de sus autores, sucumbieron ante pequeños rozamientos no calculados, ante leves resistencias no previstas. De todas las máquinas que debían estar dotadas de movimiento continuo y no marchan, de todos los aparatos que debían volar y no se mueven, la mayor parte no han tenido éxito por malditas pequeñas causas de error.

Si escuchamos á los geólogos crecerá á nuestros ojos la importancia de lo insignificante, pues por una parte nos enseñarán el trabajo lento, pero continuo, de los infusorios, que hace surgir islas en medio del Océano, ó nos presentarán la marcha invisible, pero poderosa, de los ventisqueros, que estrujan bajo su peso las montañas, ó con sus observaciones nos demostrarán, como ejemplo de integración notable, las estalactíticas pilastras de las grutas, debidas al acarreo de materiales efectuado por una gota de agua.

Los microorganismos de los naturalistas y de los médicos completarían el cuadro de la importancia de lo infinitamente pequeño, si los físicos no tuvieran, aún más allá, la molécula, como límite de lo divisible, el átomo, parte de lo no partible, y el éter, que, cual el elemento diferencial de los matemáticos, sirve de panacea universal para explicarlo y demostrarlo todo, enseñándonos á respetar las cosas independientemente de sus magnitudes.

Y hemos dicho que en la meteorología es donde se notaba más la influencia de las pequeñas causas, porque una de sus ramas más importantes, la *previsión del tiempo*,

necesita tenerlas en cuenta todas, para que el éxito corone los resultados de sus teorías. Claro es que nos referimos aquí á la previsión á largo plazo, pues el anuncio de la marcha de un ciclón ó la indicación del tiempo probable en los días inmediatos, cuando ya los instrumentos acusan diferencias sensibles en las condiciones atmosféricas, más que previsión es una observación inteligente que, cuando los datos son completos, como sucede en los servicios organizados por algunos gobiernos, ó en el tan justamente reputado del *New-York Herald*, se convierte en un problema perfectamente racional, rigurosamente científico, y de verdadera utilidad práctica.

Pero el público, y aún más la prensa periódica, ha confundido de tal manera estas observaciones con la previsión á largo plazo, con el anuncio de tempestades y ciclones, hecho con muchos días, y á veces años, de anticipación, que hoy cualquier *astrónomo*, aunque no haya nacido en Zaragoza, se cree en el derecho de predecirnos con notable inexactitud todas las borrascas que en sus cálculos aparecen, ó de anunciarnos, con una firmeza que simboliza el triunfo de largos estudios, las nevadas del invierno y los calurosos días del mes de agosto. Considerada bajo este nuevo aspecto la cuestión, no tan sólo es ridícula hoy, sino que está destinada á serlo siempre.

En efecto, aunque fuera posible, en un momento dado, reunir datos exactos de las condiciones en que se hallarán todos los lugares de la tierra en lo que á la meteorología se refiere; aunque resultára cosa fácil determinar el influjo de las cordilleras, de los ríos, de los mares, en todos los fenómenos de la atmósfera; aunque llegáran á ser conocidas por completo todas las leyes que rigen estos mismos fenómenos, seria imposible determinar y fijar el cielo de las variaciones atmosféricas, pues las causas accidentales lo alterarían de continuo profundamente: un bosque incendiado, determinando una corriente de aire violenta, puede destruir de una manera notable el equi-

librio de las masas de aire próximas; un pararrayos, contribuyendo à la descarga lenta de una nube, puede variar la marcha de una tempestad; un cambio de cultivo, es susceptible de alterar las condiciones higrométricas de una comarca; el dejar helar la nieve sobre una ciudad ó arrojarla à un rio, como se efectúa en las grandes poblaciones, puede originar cambios sensibles en el curso de los fenómenos atmosféricos de una zona.

Semejantes causas que se multiplicarían hasta el infinito teniendo en cuenta todos los lugares de la tierra, adquieren en conjunto grande importancia, aunque aisladamente carezcan de ella, y por esto, aún suponiendo conocidos todos los datos del problema, no se puede predecir la solución, como análogamente, aún sabiendo la posición inicial, peso, volúmen, etcétera, etc., de las bolas de una urna y el número de vueltas que ha de dar ésta, no se puede fijar cuál será la premiada. No es que sea una *casualidad* la salida de tal ó cual bola: ésta, supuesto un número de vueltas fijo, habrá llegado à la posición necesaria para salir al abrirse la urna, en virtud de las leyes de la mecánica; y del mismo modo, tampoco podrá considerarse como una casualidad el que, en un día determinado, haga en una comarca buen ó mal tiempo. Será un hecho fatal completamente sujeto à las leyes de la física, como la bola salía premiada en virtud de las de la mecánica; pero en ambos casos las pequeñas causas tienen tan grande influencia, que el cálculo, no pudiendo abarcarlas todas, no intenta resolver el problema, cuya explicación queda encomendada al azar.

Abandonada la cuestión por el cálculo, surge, ó bien la cábala desprovista como todas de sentido, ó aparece la casualidad, acomodaticia palabra que con razón se ha dicho que en la mayoría de los casos significa la ignorancia de las causas. De aquí que el problema de la previsión del tiempo à largo plazo, de la determinación del ciclo de las variaciones atmosféricas, gire entre dos polos bien seña-

lados: por un lado el *Dios sobre todo* con que termina el «Juicio del año» en todos los calendarios; por el opuesto, la necesidad científica expresada, siquiera fuese de una manera bufa, por el personaje de *El rayo verde*, al pedir la explicación de la influencia de los instrumentos de viento en la formación de las tempestades.

MARIANO RUBIÓ.

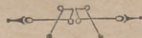




La libertad

(Idilio de A. Chenier)

Un cabrero y un pastor de ovejas.



«Berger, quel es tu donc? qui t' agite? et quels dicux»

El cabrero

Quién eres tú, pastor? ¿qué te conmueve?
¿Y qué dioses tus ojos han cubierto
De negro, hirsuto vello?

El pastor

¡Oh! de cabritos
Blanco pastor; sin duda tú guapeas:
Veo tu tierno rostro y dulces ojos.

El cabrero

¡Qué! ¿en soledad habitas estos riscos,
¿Ponde nadie penetra sin espanto?

El pastor

A tí te agradan más el prado y bosques:
Puedes sentarte en la florida yerba:
Yo me complazco en ver pasar el día
Sentado de este erial en una roca.

El cabrero

Más Céres á esta tierra dura y agria
Lanzó la maldicion; negro torrente

Y pedregoso vuelca impuras ondas.
 Y todas esas rocas calcinadas
 Del sol ardiente quemán y apresuran
 Del viandante el pié. No tiene flores,
 Ni frutos y niuguna rica fronda
 Ofrece al rui señor oliente asilo;
 Algun escaso oli vo, débil muestra
 De su fecundidad, en ella crece,
 Su triste desnudez mejor mostrando:
 ¿Cómo en este desierto has conseguido
 Apacentar à tu rebaño hambriento?

El pastor

¿Y qué me importa à mi? ¿soy yo su dueño?
 Yo soy esclavo.

El cabrero

Rústica zampona

En este erial habrâte divertido?
 Deseas esta flauta? es obra mia:
 Tómala: rica en agradables sonos
 Imitarás el canto de las aves.

El pastor

No, no: guarda tus dones; solo ansío
 Escuchar à lós pájaros nocturnos,
 Al buho y al mochuelo: bien quisiera
 Imitar sus canciones, y tu flauta
 Bajo mi planta pronto rompería.
 Odio vuestros placeres; no me agradan
 Las flores, ni el rocío, ni el suspiro
 Amoroso de vuestros rui señores.
 Yo soy esclavo vil.

El cabrero

¿Te compadezco!

Dura es la esclavitud: sí; todos deben
 Temer servir, doblarse à ley injusta;
 Para agenos vivir, no tener nada.
 ¡Guàrdame siempre, libertad querida,
 Madre de la virtud y de la pátria!

El pastor

¡Bah! ¡bah! Virtud y pátria! nombres hueros!
 Tus palabras me afrentan y avergüenzan;
 Y tu felicidad me aflije é insulta.
 ¡Ojala fueses, como yo, un esclavo!

El cabrero

Y tú, como yo soy, dichoso y libre.
 Mas ¿no podrán los dioses remediarte?
 Hay bálsamos y puras lustraciones
 Que aliviarán del alma las heridas:
 Mágicos cantos secarán tu lloro.

El pastor

No las hay: para mí solo hay dolores:
 Es mi suerte servir, pues que se cumpla:
 Yo también tengo un perro, al que, al servirme,
 Hago temblar; también él es mi esclavo.
 Mi desesperación sombría y muda
 Devuelve à él solo el mal, con que me aflijen.

El cabrero

La tierra, nuestra madre y su riqueza
 No puede al ménos darte el alegría?
 ¡Oh cuán hermosa! mira el rojo estío,
 Rico en tesoros, hijos brilladores
 Del sol que, amante fértil del cultivo,
 Viene à cambiar de verde primavera
 El uniforme: mira este naciente
 Albarcoquero, bajo un cielo hermoso
 Su fruto redondear, cual la miel, dulce:
 Esa, del abridor púrpura bella
 No anuncia y nos prepara ricos frutos?
 Junto à esos verdes prados no contemplas
 Esas campiñas de abundantes trigos,
 Bosques amarillentos, que ya esperau
 La corva hoz del segador alegre?
 ¡Cuánta familia de deidades rústicas!
 La cosecha y la mies, de ojos serenos,
 Adornadas las manos y la frente
 De espigas, van en pos de la esperanza
 A derramar de la abundancia el cuerno.

El pastor

Ellas à ti te muestran sus pisadas,
 Yo con ojos de esclavo no las veo.
 Deseubro solamente un suelo duro,
 Laborioso, servil, al que he obligado
 A ser fecundo, ay! no en provecho mio;
 Donde recojo bajo un cielo ardiente
 La mies que sirve de alimento à otro,
 Dejándome en mi hambre. Esta es la tierra,

Y no es mi madre, no; es mi madrastra;
 Y toda la natura es á mis ojos
 Más desnuda, y al pecho más horrible
 Que este valle de muerte que te espanta.

El cabrero

El suave balar de tus ovejas,
 Y el cuidarlas no agradan á tu alma?
 Y no te place ver de tus corderos
 Los juegos? pues á mí mis cabritillos
 Me divierten, y mucho me embelesa
 Su voz balante, y cuando los contemplo
 Correr sobre la yerba aljofarada
 Llamando en sus balidos á su madre,
 De alegría y placer con ellos salto.

El pastor

Son tuyos: mi fortuna es muy diversa:
 Y estos, la causa son de mis tormentos.
 Al pasto conducidos, con disgusto,
 Dos veces diariamente nos espera,
 Al regresar, un amo receloso
 Nunca contento; ó tienen poca lana,
 O se hallan mortecinas, ó renguean:
 Todo, en una palabra, lo halla malo.
 Si el lobo alguna vez robó una oveja,
 Y al bosque huye con ella, es falta mía:
 ¡Quiere que afronte sus voraces dientes
 O que en tímido y manso le convierta!
 Y despues, amenazas, arrebatos,
 Injurias, gritos, bárbaras crueldades
 A que llama castigos.

El cabrero

Mas los dioses

Al inocente favorecen siempre:
 ¿Porqué, si apoyo son del desgraciado,
 Huir de su presencia? A sus altares
 Adornados con nuestras florecillas,
 ¿Porqué no vienes á danzar, y hacerles
 Dones sencillos de rastrojo y flores?
 De este modo y con tales sacrificios
 Propicios te serán Jove y las Ninfas.

El pastor

No: las danzas, los juegos, los placeres
 De los pastores sónme estraños goces:

¿Qué hablas de dioses, ninfas y de ofrendas...?
 No les ofrezco espigas, ni guirnaldas:
 Yo vi sus rayos y temor me infunden:
 Me cargaron de hierro..... y no les amo.

El cabrero

Pues bien! ¿porqué no amar? ¿qué desventura
 No cederá á la risa de una virgen?
 El otro día, en este bosque ameno
 Yo presenté á la mía un cabritillo
 Recien nacido. Me miró tan dulce,
 Tan tiernamente!... su balido blando
 Aun me parece oír.

El pastor

¿Y qué mirada
 Virginal sobre mi descendería?
 Puedo yo como tú dar cabritillos?
 Todos los días mi inflexible dueño
 Con avaricia mis corderos cuenta:
 Y aun debo contemplarme muy dichoso,
 Si á mis supèrfluas súplicas se digna
 No demandarme más de lo entregado.
 ¡Némesis justiciera! Si algun día
 Llego á ser el más fuerte, á ser el dueño,
 Seré duro, malvado é intratable
 Y pérfido y cruel y sanguinario
 Como fueron conmigo.

El cabrero

Y á mí ¡oh dioses!
 Sedme testigos de que mis sirvientes
 Me hallarán siempre humano y compasivo,
 Y á sus justos deseos accesible:
 Así serán dichosos, y á su dueño
 Amarán, bendiciendo el dulce instante
 En que nacieron.

El pastor

Yo, yo le maldigo:
 Para ser infeliz, me dió la vida;
 Para obrar cuando quiere y manda otro;
 Para sufrir el hambre, y con mis penas
 Aumentar la indolencia y el orgullo
 De un tirano.

El cabrero

Pastor infortunado!

La queja lastimera de tu pecho
Hace pasar al mío la tristeza:
¿Vés esta cabra y estos dos cabritos
Blancos como la leche de su madre?
Te los regalo: váyanse contigo.
Adios, y quiera el cielo que estos dones
De tu memoria ahuyenten las desgracias;
Y cuidados por tí, tus penas calmen.

El pastor

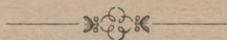
Si, dame y sé maldito, pues si fuere
Más sábio..... son tus dones un presagio
Siniestro para mí: mi avaro dueño
Se extrañará; no cree que se regale;
Y envidioso y astuto ha de decirme
Que en su casa he robado los dineros
Para pagar la madre y los cabritos:
Y pronto á utilizar tan buena escusa
El mismo ha de venir á arrebatármelos!

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.





SEMBLANZA.



Al Sr. D. Francisco Martin Berto, vecino de Gura, en Canarias, que por conducto de su paisano y amigo D. Valentin de Ozámiz habia solicitado un autógrafo mio:

Desde la tierra libre, creyente y brava
que bajo Alfonso doce fué tierra esclava,
temblando como humilde siervo de gleba
al leal Martin Berto saluda Trueba
y le envía la adjunta semblanza ó nota
de Valentin de Ozámiz su compatriota:

«Es su cuerpo una urna tan trasparente
que se vé cuanto en ella se piensa y siente;
su corazon es fuego, luz su cabeza
que alumbra y purifica cuanto tropieza;
y es tan hidalgo todo lo que hace ó dice,
que de seguro reza cuando maldice.»

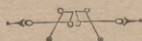
ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao 1.º de Diciembre de 1877.





Crónica local.



La última série de conferencias en la Sociedad *El Sitio* ha terminado brillantemente con las de los Sres. Jimenez y Goidaracena. Ocúpase ahora aquella distinguida Sociedad en preparar la fiesta conmemorativa del *dos de Mayo*, que segun se dice será muy brillante.



Los numerosos lectores de *El Noticiero Bilbaino* acaban de ver en la interesante *Hoja Literaria* de aquel diario una polémica gramatical, que se puede considerar terminada, pues en mi concepto no tienen vuelta de hoja los argumentos que F. G. A. aduce en su artículo del 17 de Abril, publicado en la *Hoja Literaria* del 23 del mismo.

He visto con placer que las opiniones del discreto articulista son las mismas que he sustentado siempre, y las que me han servido de norma para mis humildes trabajos. Creo, pues, que aunque solo sea para evitar insufribles anfibologías que de otro modo son inevitables, se debe emplear LO para el acusativo singular masculino y neutro, y nunca LE; LA para el femenino; LE para el dativo singular, ya se refiera á un nombre masculino, ya á un femenino. Y en plural LOS LAS para el acusativo, LES siempre para el dativo.

Creo conveniente transcribir íntegro un párrafo del bien meditado artículo del Señor F. G. A. Dice así:

«Y esta asercion aparece comprobada por la repugnancia que encuentran todas las lenguas en emplear la forma del acusativo en el dativo, al paso que no la encuentran en usar de una sola forma en el dativo. Así en el latin ILLI-ILLIS, que lo mismo se refiere al masculino que al femenino; en francés LUI-LEUR. El inglés carece de la forma LE-LES para el dativo, y en su lugar antepone la preposicion TO al acusativo, resultando así una nueva forma que es el dativo TO HIM equivalente al A EL del castellano; lo cual evidencia más y más la repugnancia que encuentran de confundir el dativo con el acusativo.»

Mucho celebraría conocer personalmente al Sr. F. G. A. que con tanto acierto como modestia ha intervenido en la *Cuestion gramatical*.



Todo lo que se relaciona con las proyectadas fiestas *euskaras* de Guernica tiene sin duda especial interés para mis queridos lectores; así es que debo tenerles al corriente de cuanto suceda.

Deseábase que la prensa bilbaina apoyara á la REVISTA DE VIZCAYA que en su número correspondiente al 15 de Abril publicó un artículo de D. Camilo de Villavaso, notable y bello como todos los suyos, en el que el renombrado publicista apoyaba la solicitud por el Ayuntamiento de Guernica dirigida á la Excm. Diputacion provincial, pidiendo su ayuda moral y material para la realizacion de su patriótico y levantado pensamiento.

Es curioso, y ofrece no despreciable enseñanza, ver la conducta en esta ocasión seguida por la prensa bilbaína. Sirve en primer término para mostrar los diversos grados de genuino vizcaïnismo de nuestra prensa política y noticiera.

Bueno será advertir que antes que viera la luz el artículo del Sr. Villavaso se había enviado á todos los periódicos bilbaínos, con súplica de insertarlo, el programa del certámen literario, que será la parte más saliente y característica de las fiestas. Todos los periódicos accedieron al ruego que se les hacia, y publicaron el programa.

Es decir; todos no, pues no lo publicó *La Union Vasco-Navarra*.



Salió el artículo en la REVISTA DE VIZCAYA, y lo reprodujeron íntegro *El Noticiero Bilbaíno* y *El Norte*, diciendo de donde lo tomaban, y declarando que estaban conformes con lo que en él se decía.

El ingenioso *Vasco*, notabilísimo revistero de *El Porvenir Vascongado*, dedicó un buen párrafo de sus bellas *notas semanales* á apoyar el pensamiento del Sr. Villavaso, y á ensalzar á éste y al Sr. Arana.

El Diario de Bilbao reprodujo el artículo y lo dió como cosa propia, lo cual era naturalísimo, pues es notorio que el Sr. Villavaso colabora en aquel apreciable colega.

El Euskaro no reprodujo el artículo ni dijo una palabra en apoyo de la patriótica idea en él emitida. *El Vasco* reprodujo el artículo, diciendo que lo tomaba de una Revista que se publica en Vizcaya. Además, no reprodujo el artículo íntegro, sino mutilado; pero omitió algunos de sus párrafos más expresivos.

A nadie causará extrañeza el proceder de los dos últimos periódicos citados: obvia como quienes son. El árbol se conoce por el fruto.

Réstame hablar de *La Union Vasco-Navarra*; pero esto capitulo aparte merece.



El diario de la *Calle Nueva* reprodujo el artículo del Sr. Villavaso; pero le puso un preámbulo que sería difícil calificar demasiado duramente. Si en cualquier periódico me habria causado profundísima pena preámbulo semejante, ¿qué efecto me causaria en un periódico cuyo director y cuyos principales redactores son amigos míos que yo desino?

A continuación copio íntegramente los cinco párrafos de que consta dicho malhadado preámbulo, comentando cada uno de ellos con la mayor mesura y moderación posible. Habla el diario de la *Calle Nueva*:

«Cuando tuvimos noticias de la proyectada celebración de fiestas euskaras en Guernica, hubimos de celebrarlas sinceramente, pueses para nosotros motivo de satisfacción es todo aquello que tienda á conservar el idioma patrio y las costumbres de la tierra euskara.»

¿Cómo es que el periódico que así se expresa es el único periódico bilbaíno que no ha publicado el programa del certámen de Guernica, certámen que constituye la parte principal de las fiestas?

«Interesálos en que el resultado de las fiestas fuera brillante, y lamentando los males estrechos en que se encerraban sus iniciadores, quizás por un vicio de origen y de estas lides de la inteligencia, indicamos á un estimado amigo nuestro la conveniencia de que se diera carácter más amplio á estas fiestas invitando á las sociedades de Bilbao que, sin duda, hubieran concurrido con algunos premios, ó la formación de un programa variado y accesible á los elementos artísticos y literarios de este país.»

Lo que el órgano de la *Euskalerría* dice de *moltes estrechos* no tiene el menor fundamento; así es que en el artículo que voy copiando esa aseveración no aparece apoyada por razon alguna, ni buena ni mala. El procedimiento es muy cómodo.

El Ayuntamiento de Guernica y Luno nombró una numerosa comision organizada y compuesta de personas bien conocidas y de indiscutible competencia. Desgraciadamente se negaron á formar parte de dicha comision varias personas distinguidas; entre otras los Sres. D. Juan E. Delmas, D. Fidel Sagarminaga y D. Antonio de Trueba.

Los Sres encargados de confeccionar el programa del certámen no tienen la culpa; que otras personas no les hayan ayudado con sus luces: desde que se celebran aqui estos concursos se ha anunciado repetidas veces que se desea y se solicita el apoyo de todos que se recibirá con placer y agradecimiento toda observacion encaminada á asegurar el éxito de las fiestas.

Dice el articulista que las sociedades de Bilbao, sin duda refiriéndose á los círculos de recreo, hubieran dado algunos premios, y yo celebro tan buenas disposiciones; pero ¿qué no los han dado? ¿Querian para ello una invitacion especial? No es entonces tan su entusiasmo como el de las corporaciones y particulares que espontáneamente dieron premios para los certámenes de Marquina y Durango.

Nuestro querido Director el Sr. Arana, á quien se debe la aclimatacion de las patrióticas fiestas euskaras en Vizcaya, no ha olvidado que cuando se trató de celebrar el certámen de Marquina se dirigió á la Sociedad *Euskalerría*, cuyo órgano es *La Union Vasco-Navarra*, solicitando uno ó varios premios para aquel certámen. Pero fué trabajo perdido la súplica fué desatendido por aquella entusiasta asociacion.

Me atrevo á asegurar que se recibirá con placer y gratitud cualquier premio ó premio que dé la Euskalerría, bien sea para temas ya señalados, ó para otros que señale el certámen.

círculo. Si para que este ofrezca esos premios se necesita una invitación especial del Ayuntamiento de Guernica y Luno, creo que aquel Ayuntamiento no lo dejará de hacerla. Y es probable que la haga desde luego, pues el Sr. Arana así se lo ha aconsejado.

Es peregrino lo que dice el articulista de que deseando que se diera á las fiestas carácter más amplio, se lo indicó así á un estimado amigo suyo. ¿No habría sido mejor que lo hubiera indicado al Ayuntamiento de Guernica ó á la Comisión organizadora, que no se compone de ogros, sino de caballeros amables y complacientes? No veo la utilidad de indicárselo á un amigo, por estimado que fuera. Lo mismo habría sido subir á Ganecorteta, y decirlo allí aunque fuera á gritos.

«No se hizo así; confeccionóse un bosquejo de programa, señalando premios que aun no se sabe quien ha de costearlos, y se lanzó al público en algunos diarios ese programa, para que en nuestro sentir pudiera ser objeto de algunas adiciones.»

¿A qué viene decir que no se sabe quien costeará los premios anunciados? Responde de ellos el Ayuntamiento de Guernica, que los ha anunciado, y aunque eso no sea garantía suficiente para *La Unión Vasco-Navarra*, de seguro que lo es para la inmensa mayoría de los vasco-navarros. Cierto es que muchos de los premios anunciados serán costeados por diversas corporaciones y por particulares amantes del país; no se ha podido aun citarlos; pero tampoco era urgente. En cambio urgía anunciar los premios y los temas, para que tuvieran tiempo de trabajar los que quisiesen tomar parte en el concurso.

No niego que el programa pudiera ser objeto de algunas adiciones. ¿De qué programa no se podrá decir lo mismo? El programa tenía que ser modesto y limitado, como modestos y limitados eran los recursos disponibles. Sin embargo, *no hay trabajo alguno que no se pueda presentar al certamen*, gracias al siguiente párrafo del programa que al articulista de *La Unión Vasco-Navarra* le parece vaciado en tan estrecho molde.

«Se reservarán dos premios, consistentes en otros tanto objetos de arte, que el Jurado podrá adjudicar á trabajos científicos ó literarios que en su concepto lo merezcan y cuyo asunto no sea ninguno de los señalados en este programa. Dichos trabajos podrán estar escritos en bascuence ó en castellano.»

¿Quién habría podido imaginar que para obtener moldes notables por su amplitud era preciso buscarlos en la redacción del diario de la calle Nueva? Por lo demás, más noble y más práctico que decir que el programa pudiera ser adicionado, habría sido indicar las adiciones que el articulista aconsejara. Tal vez hubiera sido posible complacerle.

El notable preámbulo termina con los dos párrafos siguientes:

«Invitadas las sociedades á que contribuyeran con algun objeto, habrían de acceder á la invitación, y muy principalmente si se les concedía, como en los brillantes juegos florales organizados por la *Asociación Euskara* de Navarra y la sociedad *Euskalerria* de Bilbao, fijaran en ellas el tema literario ó artístico que tuvieran por conveniente.

«Algo de esto se va á hacer, según se desprende del artículo, que suscrito por D. Camilo de Villavaso, publica el último número de la REVISTA DE VIZCAYA, artículo muy bien escrito, como todos los del mismo autor y que trasladamos gustosos á las columnas de nuestro diario.»

Lo que en estos párrafos se dice está ya cumplidamente contestado mas arriba; pues no merece la pena de decir nada acerca de lo de llamar *juegos florales* á las fiestas *euskaras*. *Le nom ne fait rien á la chose*; pero siempre es preferible llamar á las cosas por su nombre.



El precioso cuadro dramático *Gutenberg*, del laureado poeta catalán Rubió y Ors, ha sido admirablemente puesto en verso castellano por mi queridísimo amigo el insigne literato vitoriano D. Federico de Baraibar. Véase, en muestra de tan bella versión, en qué términos el inmortal inventor de la imprenta expresa á su esposa sin temor de que su maravilloso invento fuera utilizado por la iniquidad. Dice Gutenberg hablando de la prensa:

En mis sueños felices, del patriarca
Jacob yo la creí la escala mística
por la cual á los hombres unos ángeles
bajaban luces célicas, que al trono
del Señor otros ángeles subían
en puro incienso y cánticos sublimes
transformados de amor. Más ¡ay esposa!
Quien me dice que en vez de ser la escala,
el angélico puente que reuna
tierra y cielo, la máquina de guerra
no sea con la cual á Dios del trono
quiera echar la impiedad; ó bien la humosa
tea con que la turba embrutecida,
de cínicos sofistas ó tribunos
viles vendida al oro, ú obcecada
por el error, ó por el virus pérfido
del odio emponzoñada, no pretenda
báculos, cetros, templos y palacios
reducir á pavesas? ¿O el escudo
detrás del cual cobarda la calumnia
escupa, vil, de la virtud al rostro,
ó de la gloria en los laureles vierta
su mortal baba; ó catedra de donde
vengan á un tiempo la lascivia impura

á encender corazones sin mancilla;
la envidia ruin á provocar deseos;
infierno irremediable del espíritu;
la ambicion loca á envilecer las almas
para escalar sobre ellas la fortuna;
el frenético orgullo á sembrar odios;
y toda la raléa juglaresca.
de empedernido pecho y alma viuda
de santa fé, á arrojar sobre el incauto
pueblo, que les escucha y hace coro
á sus dieterios, la mortal ponzoña
oculta en el escarnio, rematando
cuanto de santo, bello y generoso
quede en sus corazones todavía?
¡Oh! si había de ser mi prensa causa
de tanto mal ¿por qué no me mataste,
buen Dios, sin permitirme concebirla?



El número 280 de la Revista *Euskalerría* de San Sebastian contiene notables trabajos de los Sres. Guerra, Arrese, Zapirain, Camino, Lopez y Arbulo.

Ha visto la luz el número 14 del patriótico y benemérito semanario *Laurak-bat*, de la Habana.

En nada inferior á los precedentes es el número 25 de *La España regional*, escrito por los Sres. Velasco, Romani, Pella, Estasen, Ribalta, Company y otros. Debe ser citado el interesantísimo estudio histórico del Sr. Pella sobre las *Consecuencias de la union de las coronas de Aragón y Castilla*.

El interesante número 297 de la *Revista Contemporánea* ha sido escrito por los señores Serrano Fatigati, Acero, Hardt, Alvarez Sereix, Pons y otros.

Es muy ameno é interesante el número 36 de *L'Indépendant Littéraire* en el que merece mencion especialísima la acertada y bella version que de la conocida leyenda *Ochoa de Mórmer* de nuestro querido Director publica el distinguido escritor francés Mr. Contamine de Latour corresponsal de la REVISTA DE VIZCAYA en Paris.

Artículos notables, y muchas y muy interesantes noticias contiene el número de Abril de la *Revue des traditions populaires*.

El número 11 de *L'Instruction jeunes filles* muestra cuan justificado es el favor siempre creciente que esa publicacion encuentra en el bello sexo, á cuya educacion y bienestar se consagra.

El mejor elogio que puedo hacer del número de Abril de *La Tradition* es decir que ha sido escrito por los Sres. Prato, Vicaire, Bérenger-Férand, Broussali; Marion, Chevalier, Gineste, Salles, Bladé y otros.



Dice un filósofo que en el matrimonio se necesita precisamente la misma cualidad que para comer salchichas; esto es, absoluta confianza.



Preguntó un cura á un perezoso que estaba holgazaneando, á donde esperaba ir cuando muriese, y el perezoso contestó:—«No he de ir; espero que me lleven.»



—«Hace tanto frio en Suecia,—decía un viajero—que en invierno los naturales se ponen guantes para lavarse.»



Un caballero amable:—Señorita ¿quiere V. que le traiga un helado mientras canta la señorita de Iburguren? Ella, que es una cantatriz rival de la citada:—No, no; muchas gracias. De tomar algo preferiria cloroformo.



Dice un escritor científico que el periodo critico en la vida del hombre es de los 20 á los 30 años. Otros dicen que el periodo critico empieza seis semanas despues del casamiento.



El profesor Morgan probó matemáticamente que una cáscara de huevo puede sustentar el peso de un hombre. El que quiera probarlo no tiene más que hacer que poner un huevo en el bolsillo de la levita, y sentarse encima.



A la puerta de un almacén de provisiones he visto el siguiente anuncio: Hay de venta una partida de conejos vivos. Cualquier caballero que desee comprar uno será desollado y arreglado para ser asado, en cinco minutos.»



Un aficionado:—«Aseguro á V., amigo pintor, que estos avestruces son verdaderamente admirables. No debía V. pintar más que aves.»

El Pintor (disgustado):—«No son avestruces; son ángeles.»



Tomasito:—«Mamá, ¿no sería mejor que tú tuvieses dolor de muelas en lugar de Luisilla?»—La mamá:—«¿Por qué, hijo mío?» Tomasito:—«Porque tú puedes sacar de la boca a dentadura, y ella nó.»



La tía Catalina está de visita en casa de la madre de Gonzalico, y en un momento en que la mamá sale de la sala, la tía ruega al sobrinillo que le traiga un escabel. Gonzalico vacila.—«¿Por qué no vas?»—le pregunta la tía.—«¿No ves, tía,—dice el niño mirando hácia la mesa—que si me voy te quedarás sola con la tarta?»



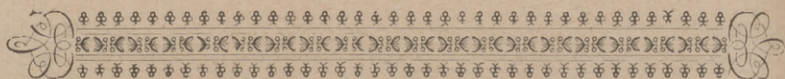
Luisito:—«Cuando estoy en casa de la abuelita siempre me dá dulce dos veces»—«Pues no debía de hacerlo»— dice la madre.—«Una vez es bastante para los pequeñitos. Cuantos más años tengas has de tener más juicio Luisito.» Despues de un momento de silencio, el niño dice:—«¡Pues bien, mamá! la abuelita tiene muchos más años que tú.»



El juez:—«¿Cómo es que se ha atrevido V. á entrar á robar en casa de este caballero en la oscuridad de la noche?» El prisionero:—«La otra vez me repudió vuestra Señoría por haber robado en pleno día. ¿Estaré siempre sin trabajar?»

JOCUNDO DE GATIKA.





SECCION DE CURIOSOS.

— 672 —

En esta sección publicaremos todas las preguntas que nos parezcan *publicables*, y que sobre cualquier asunto se nos remitan con ese objeto por nuestros lectores. Insertaremos también todas las respuestas que nos parezcan publicables, y que se refieran á preguntas que hayan visto la luz en esta sección. Las preguntas se repetirán en todos los números, mientras no obtengan respuesta que nos parezca satisfactoria.

PREGUNTAS.

1. ¿Cuál es el blason de los Oquendos antes del famoso almirante de ese nombre?
2. ¿Cuál es el blason de la misma familia despues del almirante?
3. ¿Cuáles son los descendientes varones y hembras del almirante, ó sea el arbol genealóg co de la familia á partir del héroe marino guipuzcoano?
4. ¿Cuál es el grado de parentesco que tenía con el almirante un don Luis de Oquendo que á mediados del siglo pasado hizo un papel considerable en el Perú? D. Luis casó en 1775 con una nieta de D. Ignacio Torquemada, Marqués de Soto Hermoso, y de esta unión proceden los Oquendos actuales del Perú.
5. ¿Cuáles fueron las campañas navales del gran Oquendo, y en qué libros ó manuscritos se habla de ellas?
6. ¿Cuál fué la primera imprenta que hubo en la region vasconavarra, y en qué año se fundó?
8. ¿De qué pueblo era natural el famoso marino vascongado Portuondo?
12. ¿Cuál fué la grave cuestion que hubo hace ya siglos, y en la que fué parte muy principal Doña Elvira, hija de Ferran Rodriguez de Villarmentero, y sobrina del arcediano D. Mateo de Búrgos?

